

## PRIMITIVA ZONA GEOGRÁFICA DE APLICACIÓN DEL CORÓNIMO «IBERIA»

Luciano Pérez Vilatela  
Museo de Prehistoria de Valencia

---

### ABSTRACT

*The Phokaian sailors give the name Iberia to a territory which began in present Languedoc and extended itself to the other side of the Pyrenees. The first Phokaian documents prove so. We reject the hypothesis according which Iberia was thus named from a small river in southern-east Spain.*

---

### La problemática peninsularidad de «Iberia»

Cuando Joaquim Pedro de Oliveira Martins publicó su *Historia de civilização ibérica* (Lisboa, 1879) reivindicaba la ya desusada palabra «Iberia» y sus adjetivos derivados para designar nuevamente a los modernos estados de España y Portugal, particularmente para aplicarla al estudio de fenómenos culturales comunes de su pasado histórico y proponiéndola para su utilización en el futuro. A lo largo del libro se sirve de los vocablos «Iberia» y «España» como sinónimos, abarcando con ambos la totalidad de nuestra península indistintamente. Encaraba con clara honestidad las hipótesis, aparentemente correctas entonces, del origen africano de los iberos —lo que entonces no suponía por cierto nada halagüeño—, procedencia que hoy dista mucho de ser medianamente probable<sup>1</sup>, pero en ningún momento se le ocultaba que para los escritores grecorromanos el término *Iberia* tenía ante todo un valor geográfico y que en ella se hablaron distintas lenguas (Strab. III, 1, 6). Cuando Estrabón escribe en el principado de Augusto, lo que se entiende por Iberia es un concepto cuya plasmación geográfica está nítidamente limitada por los Pirineos, que muchos autores antiguos como él mismo (III, 1, 3) situaban no al norte de la península, sino al este<sup>2</sup>. Sin embargo, la aplicación de este

<sup>1</sup> TARRADELL, M., «Una hipótesis que se desvanece: el papel de África en las raíces de los pueblos hispánicos», *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, vol. I, Barcelona, 1969.

<sup>2</sup> SCHULTEN, A., *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*, vol. 1, Madrid, 1959, pp. 39 ss. y 252 ss. La fuente del error es Polibio III, 39, 9 ss.



*península*, ni concepto o vocablo similar se deslizan en las fuentes de la República y Alto Imperio romanos para aplicarlos a tal país que se estimaba desusadamente grande; esa Iberia descubierta por los focenses para la ecúmene del mundo clásico no fue nunca una península, salvo para el tardío Marciano de Heraclea (II, 6), el único en mencionarla bajo tal premisa, cuando el mundo conocido —y dominado— por Roma es mucho más amplio y se va imponiendo el esquema en «T» de los tres continentes del viejo mundo<sup>7</sup>. Y ello no deja de ser paradójico, pues el nivel de la ciencia geográfica bajo-imperial resulta muy menguado respecto a sus precedentes helénísticos: pero, en esta ocasión, la observación topográfica concreta y el creciente grado de abstracción en la concepción cartográfica del orbe permitieron a Marciano orillar la principal dificultad que se oponía a la consideración de Iberia como península: su gran extensión.

Y este era el problema: considerada desde su interior, a Iberia le faltaba «mar a la vista», pues otras aparentes dificultades estaban solventadas desde Eratóstenes al menos (dejando de lado momentáneamente al problemático Piteas), tales la condición ístmica de los Pirineos y la existencia de mares que la rodeaban completamente, salvo por esa parte.

Para un antiguo heleno un Ἰβηρικήσος había de tener el mar bien accesible a un lado y otro de la lengua de tierra que constituía el Queroneso. Y si el mar no era bien visible, al menos debía notarse su influencia. En cambio, las tierras hispánicas, que entre sus extremos geográficos pueden alcanzar más de mil kilómetros —vg. desde el cabo Creus hasta el de San Vicente—, presentaban y presentan fuertes caracteres continentales que no pasaron inadvertidos a Posidonio, bien reflejado por Estrabón cuando dice por ejemplo (III, 4, 12) que la Celtiberia es τραχύ, «áspera», es decir, poco húmeda, poco influenciada por el mar<sup>8</sup>.

Como en otras ocasiones, es Polibio quien está en la base de estas consideraciones: el megalopolitano (III, 37, 9) consideraba que esa parte de Europa comprendida entre los Pirineos y las columnas de Hércules constituía la mitad del continente<sup>9</sup>; ¡Era un verdadero subcontinente, no una península! Pero, como además uno de sus flancos tocaba con el «mar Exterior», la posibilidad de conceputar a mediados del siglo II aC, tan endeble aún de conocimientos geográficos directos, una península en ese inmenso trozo de

<sup>7</sup> Ya lo observó SCHULTEN, *Geografía...1*, p. 31. Eratóstenes *apud* Strab. II, 4, 8 la llama «promontorio», «cima», como una entidad mayor que Iberia y que la contiene; las otras del Mediterráneo serían la de Italia y una tercera comprendida entre el Adriático, el Ponto Euxino y el Tanais (el Don). Es decir, la Balcánica; sobre Marciano, DILLER, A., *The Tradition of the minor Greek Geographers*, Lancaster, 1952 p. 147s.

<sup>8</sup> SCHULTEN, A., *Fontes Hispaniae Antiquae VI. Estrabón. Geografía de Iberia*, Barcelona, 1952, p. 247, cf. DIOD. V 34, 7 y 39, 1.

<sup>9</sup> WALBANK, F. W., «The Geography of Polybius», *Classica et Mediaevalia* 9, 1947, pp. 155 ss.

Europa orientado al oeste, resultaba aún más inverosímil, pues el «mar Exterior» más que un mar navegable era una verdadera circunferencia acuática exterior, una descomunal gruesa rueda de agua, más ceñida a la abstracción geométrica teórica de la circunferencia que a la cartografía portulana (y que en definitiva procedía del mítico «Océano», racionalizado por Polibio), de la que dependía ese criterio hodológico de la peninsularidad, formado a partir de la experiencia costera continuada de los navegantes.

El más temprano Polibio que habla acerca de Iberia, el del libro tercero de sus *Historias*, aún no se atreve a generalizar este corónimo a todos los territorios de la gigantesca lengua de tierra europea que se extendía entre los Pirineos y las columnas de Hércules, siempre hacia el oeste, según la desenfocada visión cardinal del arcadio. Tan sólo la parte que da «hacia nosotros» (hacia el Mediterráneo) es llamada Iberia hasta las columnas de Hércules. En cambio, la parte de ese mismo subcontinente «que está junto al mar Exterior o Gran mar no tiene nombre común a toda ella, a causa de haber sido explorada recientemente, pero está completamente habitada por naciones bárbaras populosas de las que hablaremos en concreto después de esto» (Pol. III, 37, 10-11).

Cuando Polibio comienza la redacción de las *Historias* aún no reconoce, pues, la peninsularidad ibérica, ni se atreve a denominar como Iberia a las costas atlánticas. Su perspectiva es la de un navegante jonio, a excepción de que ha regateado el nombre de Iberia al Rosellón y a la Occitania mediterránea. ¿Y por qué esta substracción de territorio? Ya lo hemos adelantado: vendría determinada por la constitución del «estado» de los volcos arecómicos, pues creemos que es a ello precisamente a lo que se refiere Polibio cuando en su delimitación de Iberia alude a los «celtas» en torno a Narbona, como si no hubiesen existido otros muchos a ambos lados del Pirineo (Pol. III, 37, 9). Estrabón presenta en cambio la situación etno-política con el nombre propio de esta nación celta (Strab. IV, 1, 12), que sucedió en esta latitud a los tradicionales *Elisyces*<sup>10</sup>. Una vez más, incluso ocupándose de los bárbaros, Polibio eleva el criterio de la preponderancia política por encima de cualquier otra consideración y, concretamente, en este caso, de la étnica. En realidad está configurando un bosquejo geográfico en el que poder topografiar la ruta y la guerra de Aníbal.

Con Polibio se posterga decididamente ese tipo de observación etno-geográfica más de marino costeador o comerciante que hallábamos en los viejos «periplos» griegos, como el llamado «de Esciflax» —por citar uno que afecta al lejano Occidente—. Describiendo étnicamente estas mismas tierras decía: «Iberos y Ligures». Después de los iberos hay una mezcla de iberos

<sup>10</sup> AVIENO, *Ora mar.* 584; HELENA, Ph., *Les origines de Narbonne*, Narbona, 1937. El nombre de este pueblo se repite en una tésera latina de Palencia, CIL II Supp. 5736, *Elaiscum*.

y ligures hasta el río Ródano. El recorrido marítimo de los ligures, desde Emporion hasta el río Ródano es de dos días y una noche» (Skyl. 3)<sup>11</sup>, caracterización que no se contradice con los vestigios lingüísticos rastreados en la onomástica prerromana de la epigrafía regional.

Pero si Polibio es el último en mencionar la Iberia mediterránea con el nombre exclusivamente para ella (salvo la ya aludida substracción narbonense), es también el primero en atreverse a extender este corónimo desde el mar Mediterráneo hasta cualquier confín del territorio ceñido por los Pirineos y las Columnas, sin mostrar ya escrúpulos por implicar países y naciones del «mar Exterior», en un momento muy avanzado, casi terminal de la redacción de sus *Historias*: los libros trigésimo cuarto y quinto<sup>12</sup> y algunos párrafos del tercero, intercalados claramente en fecha tardía<sup>13</sup>, tras la experiencia personal de Polibio en el país (151-150 y 147), de la que tan orgulloso se sentía (III, 4, 12).

Así pues, Polibio introduce una delimitación pirenaica en el concepto de Iberia, que la ceñirá definitivamente desde entonces. Pero antes no había sido así y eso es lo que vamos a examinar a continuación.

### Qué tierra fue llamada «Iberia» primeramente

Pues ¿de dónde procede el término Iberia?, ¿cuál fue el primer territorio que recibió este nombre? Nuestra opinión es que se trata de tierras de la posterior Occitania: Esquilo (fr. 65 Nauck = Plin. NH XXXVII 32) llamó Iberia al país del Eridano en su tragedia *Heliades* con el fin de Faetón. Estrabón (III, 4, 19) recuerda que los antiguos llamaban Iberia al país de más allá del Ródano, lo que ya no era procedente en las fechas en que él escribía, cuando el corónimo se aplicaba desde los Pirineos. Los massaliotas, recién fundada su ciudad, hubieron de defenderse de los iberos (Strab. IV, 1, 5) no de los «celtas», ni de los «galos», que aún no constituían una amenaza, para lo que construyeron ciudades que hacían de barrera, pero, a la vez, transmitieron a los iberos el ritual del culto a Artemis efesia (Strab. IV, 1, 5), de tal forma que los iberos sacrificaban como los griegos.

El mismo Estrabón afirma que «con el nombre de Iberia los antiguos designaron todo el país a partir del Ródano» (Strab. III, 4, 19). Los rodios habían

<sup>11</sup> JACOBY, F., *Die Fragmente der griechischen Historiker* (FGrH) III C, Leiden, 1958, 709, pp. 589 ss.; PRONTERA, F., *Geografía e geografi nel mondo antico*, Roma-Bari, 1990, pp. 88 ss.

<sup>12</sup> PÉDECH, P., «La Géographie de Polybe: structure et contenu du livre XXXIV des *Historiæ*», *Revue des Études Classiques* 24, 1956, p. 3 ss; PÉREZ VILATELA, L., «Itinerario de Polibio en Hispania Ulterior», *Actas VII CEEC*, vol. III, pp. 251 ss.

<sup>13</sup> WALBANK, F. W., *A historical Commentary on Polybius*, vol. I, Oxford, 1957, p. 370: sobre III, 37, 10.

fundado Rhode en Iberia, que luego pasó a los massaliotas (Strab. XIV, 2, 10). La asociación de Iberia a otros corónimos en los textos griegos más antiguos la hace vecina por el este de Tirrenia y del Adriático; por el oeste, de Tartessos (Herod. I, 163)<sup>14</sup>. Avieno en su *Ora maritima* (462-63) maneja el antiguo dato de que el límite de los tartesios estuvo tras el río *Theodoros* (el Tader-Segura muy probablemente), según se navega hacia Marsella, hacia el norte.

Evidentemente Iberia abarca aquí un enorme perímetro litoral, de Tirrenia a Tartessos, pero muestra a las claras que no había una alternativa plausible para el tramo occitano y mediterráneo español que no fuese Iberia. El pseudo Escimno de Quíos (Skymn. 206-208) en su periégesis designa al país en que los focenses fundaron *Agde* y *Rhodanussia* como Iberia. Este documento recoge noticias que remontan, casi seguro, a Eforo (405-340 aC)<sup>15</sup>. Al siglo VI o al menos a un momento anterior al IV remonta la mayoría de información de *Ora maritima* de Avieno donde el *Oranus* (v. 612) marca el límite de los iberos en la costa occitana. Schulten lo identificó con el pequeño río *Lez*<sup>16</sup>, pero Fletcher ha venido manteniendo que se trata del Ródano<sup>17</sup> encontrando cada vez mayor eco<sup>18</sup>. Aristócrates de Esparta, autor de época helenística notifica que Licurgo, el nebuloso legislador lacedemonio viajó a Creta, Asia, Egipto y también Libia, Iberia y la India<sup>19</sup>, en la que conoció a sus gymnosofistas —así se suele aludir a los brahmanes—. Reinach situó la

<sup>14</sup> OLMOS, R., «Los griegos en Tartesso: replanteamiento arqueológico del problema», *Homenaje a Luis Siret*, Sevilla, 1986, pp. 584 ss.

<sup>15</sup> MULLER, C., *Geographi Graeci Minores*, París, 1882, I, pp. 196 ss.; DILLER, A., *The tradition of the Minor Greck geographers*, o.c., pp. 165 ss.

<sup>16</sup> SCHULTEN, A., *Fontes Hispaniae Antiquae I. Avieno. Ora Maritima* (FHA) Barcelona, 1955<sup>2</sup>, p. 27 y 143.

<sup>17</sup> FLETCHER, D., *Problemas de cultura ibérica* (SIP), Valencia, 1960, p. 14; «Estado actual del conocimiento de la cultura ibérica», *I Simposium de Prehistoria Peninsular* (SPP), Pamplona, 1960, p. 196; *Els Ibers*, Valencia, 1983, p. 10.

<sup>18</sup> ALESSIO, G., «Il nome dei Liguri» RSL XIII, 1947, p. 116; ARRIBAS, A., *Los iberos*, Barcelona, 1965, p. 31; GODINEAU, C., «La Galia Transalpina», en NICOLET, C., *Roma y la conquista del mundo mediterráneo, 264-27 a. de J.C. 2*, Barcelona, 1984, p. 549. Sólo hay otra posibilidad sensata presentada por LAMBOGLIA, N., «*Oranus fluvius e il confine fra liguri e iberi secondo Avieno*», conferencia en el XI Convegno Internazionale di Studi Liguri, no publicada, pero citada por FLETCHER, «Problemas...», p. 15: se trataría del Hérault, antiguo *Arauris*.

Debe tenerse en cuenta que *Ora maritima* menciona después al *Rodanus* por su nombre, pero esto es menos concluyente de lo que parece, al darse otras redundancias en este texto que acumula informaciones de siglos muy alejados entre sí.

<sup>19</sup> JACOBY, F., *Die Fragmente der griechischen Historiker* (FGrH), Leiden, 1968<sup>2</sup> B núm. 591 F2 recogido por PLUT. *Lyc.* 4.6; vid. REINACH, S., «Un témoignage indirect et inaperçu sur le druidisme», *Revue Archéologique*, 1922, pp. 302-318, aplica el dato al sur de Francia, tratando de enlazarlo —problemáticamente— con el posterior druidismo galo; ZECCHINI, G., *I druidi e l'opposizione dei Celti a Roma*, Milán, 1984, pp. 11 ss, lo relaciona con los celtíberos; MARCO SIMÓN, F., «Licurgo e Iberia. A propósito de una información de Aristócrates de Esparta», *Actas I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago, 1988, II, p. 67, sitúa esta Iberia en la zona tartésica, sin percatarse de la importancia de la diferencia del corónimo.

Iberia aludida en el sur de Francia, esgrimiendo que ninguna otra fuente mencionaba legisladores en la Iberia española. Aceptaba pues el francés, de mala gana, una Iberia occitana, a la que sin embargo apenas prestaban atención sus compatriotas. Reinach pretendía enlazar esta información con el druidismo sin tener en cuenta que —en caso de haber tenido razón en la ubicación de esa Iberia—, no hay ninguna documentación sobre druidismo en la Narbonense. La intención de Aristócrates en atribuir estos viajes a India por un extremo e Iberia y Libia por el otro tiene matiz noético-geográfico, es decir, llevar las posibilidades de aprendizaje de Licurgo a las dos cotas longitudinales de la ecúmene. En la época helenística, la de Aristócrates, Tartessos sólo era una curiosidad erudita y «columnas de Hércules», siendo un concepto relativamente preciso y conocido para designar el oeste extremo, resultaba disparejo tras haber mencionado distintos corónimos concretos: Creta, Egipto, etc.

Se debe entroncar esta noticia con otras que, en época helenística —y principalmente desde las guerras púnicas— hacen de Iberia el nombre del país más occidental posible. Pero no cabe duda de que antes, el extremo más occidental aparecía ocupado por otros pueblos (v. infra). El *Latérculo Alejandro* compuesto hacia el siglo II aC, sitúa al «río máximo, el Rhodanos en Iberia, cerca de Massalia» (FHA II, 189) en tanto que la *Bibliotheca* del pseudo Apolodoro (II, 5, 10) delimita Iberia entre Tartessos y Liguria en el siglo I aC, narrando las andanzas de Hércules<sup>20</sup>, ambos textos nutridos de informaciones anteriores, éste quizá de Pisandro de Camiro, o más probablemente de Ferécides<sup>21</sup>, epicista anterior a Heródoto.

En los fragmentos de Ferécides hay un país, un ámbito en el extremo oeste del mundo, que no se llama Iberia sino Tartessos (*FGrH* 3F 18a, 18b), como repite el pseudo Apolodoro. Tras el suceso viene el recorrido de regreso por Europa, pasando por Iberia, Liguria y Tirrenia, lo que debe venir también de Ferécides.

Además de estos documentos, Fletcher atribuye a la Francia mediterránea la noticia de Tucídides (VI 2, 2) de unos iberos expulsados por los ligures del río *Sicanos*, que emigraron a Sicilia. No procederían de tierras hispánicas, sino occitanas, pues éste sería el único lugar donde podría haberse dado este contacto<sup>22</sup>. Varias fuentes mencionan más escuetamente la filia-

<sup>20</sup> DIELS, H., *Abhandlungen der Berliner Akademie der Wissenschaften*, 1904, pp. 12 ss. (n.v.).

<sup>21</sup> WAGNER, R., *RE* I, col. 2875, s.v. *Apollodoros*, RODRÍGUEZ SOMOLINOS, H., «La *Gerioneida* de Estesícoro y la *Biblioteca* de Apolodoro», *Actas VII CEEC*, vol. II, Madrid, 1989, p. 329; sobre Estesícoro y su poema, vid. WEST, M.L., «Stesichorus», *CQ* XXI, 2, 1971, pp. 302 ss.; DE HOZ, J., «El género literario de la *Gerioneida* de Estesícoro», *Homenaje a Tovar*, Madrid, 1972, pp. 193 ss.

<sup>22</sup> FLETCHER, *Problemas...*, o.c., p. 17; I SPP, o.c., p. 197. La duda sin embargo persiste, pues el único *Sicanus* documentado (Avien., *Ora mar.* 469) estuvo en tierras valencianas.

ción ibérica de los sicanos sicilianos. El topónimo «Sigean», próximo a Narbona, conservaría su nombre.

Herodoro de Heraclea (FGrH I, 2, 215; 502), autor del siglo v, conservado por el bizantino Constantino Porfirogéneta (*de adm. imp.* 23), cita a los *kelkianioi* como pueblo entre los *masti(e)noi* y el Ródano<sup>23</sup>, etnia aquella que designa la misma área geográfica que la de los iberos y que debe considerarse alternativa de este etnónimo<sup>24</sup>.

Además de Fletcher y Godineau, con menos acopio de fuentes, hay que recordar a Philippon, Louis y Grenier como reconocedores de la Iberia del Rosellón y Occitania, y del papel del Ródano como frontera<sup>25</sup>.

Los antiguos pensaron en su gran mayoría que el *Iber* del Mediterráneo español, el Ebro, había sido el generador del etnónimo de los iberos, así Plinio (NH III 21); Justino (XLIV, 1, 2) que remonta a Pompeyo Trogo; Solino (23, 8); Estéfano Bizantino en Constantino Porfirogéneta (*de adm. imp.* 23 III p. 110 Bekker); Quinto Curcio (10, 1, 17); Ammiano Marcelino (XXIII, 6, 21) y Chárax de Pérgamo (FGrH IIA, p. 483 fr. 3) principalmente<sup>26</sup>.

Los clásicos eran conscientes, además, de que el corónimo *Iberia* había sufrido un estiramiento desde el río del que derivaba su nombre, a un espacio más amplio.

### El *Hiberus* del sudoeste

En nuestros días García y Bellido sostuvo una opinión diferente: el río que había dado nombre a Iberia sería el pequeño *Hiberus* del suroeste citado por Avieno (*Ora mar.* 248s) y Asclepiades de Mirlea (FGrH, 697, F8) recogido por Estrabón (III, 4, 19) y por ningún otro autor, pese a los esfuerzos de Bellido<sup>27</sup> por comprometer en ello a un texto del llamado Escimno (Skym. 199),

<sup>23</sup> La enmienda que propuso SCHULTEN, A., «Eine Emendation zu Herodoros», *Hermes* 49, 1914, p. 153, cambiando *ediorhodanos* por *porthmos*, es un puro capricho que no respeta ni una letra del radical. Sin embargo, ha sido muy seguido en ello por la investigación española. Se trata, evidentemente, del Ródano.

<sup>24</sup> FLETCHER, D., «¿Existieron los iberos?», *IV Congreso Arqueológico del Sudeste (CASE)*, Zaragoza, 1950, p. 120; I, SPP, o.c. p. 14; ARRIAS, A., *Los iberos*, o.c., p. 31; TOVAR, «Estado actual...», o.c., p. 54.

<sup>25</sup> PHILIPPON, E., *Les Ibères*, París, 1909; LOUIS, M., «Les populations du Languedoc méditerranéen aux époques protohistoriques», *École Antique de Nîmes*, XIV session, Nîmes, 1933 p. 45; GRENIER, A., «Peuples et civilisations préhistoriques au Languedoc méditerranéen», *École...*, o.c. XXI session, Nîmes, 1941, p. 23.

<sup>26</sup> BELTRÁN MARTÍNEZ, A., «El río Ebro en la Antigüedad clásica», *Caesaraugusta* 15-16, 1960, pp. 69-70, recoge algunas de estas citas.

<sup>27</sup> GARCÍA Y BELLIDO, A. «Los nombres de España», *Veinticinco estampas de la España antigua*, Madrid, 1967, pp. 202 ss., seguido por muchos investigadores.

que dice que los iberos viven a orillas del mar Sardo o de Cerdeña (Mediterráneo occidental) por debajo de los bébrices y antes de los ligures y las ciudades griegas focenses de Emporion y Rhode. Por voluntad que se ponga en ello, es imposible de todo punto asociar este texto a la costa onubense. La mayoría de la investigación aceptó la hipótesis susodicha, algunos con matiz, como Schulten, quien señalaba que se daba un río *Hiberus* allí donde se había establecido un grupo de iberos<sup>28</sup>. Pero añadía sus votos particulares: puesto que los iberos venían de África (!) ocuparían primero el sudoeste y más adelante el sur, el este y por fin la Meseta, hacia el año 300 aC.

Extraña que otro texto no fuese objeto de la manipulación para dar cancha a estos iberos: Estéfano Bizantino sitúa la ciudad de *Ligustina*, «cercana a la de Tartessos» en «Iberia occidental» (FHA I [2a] 190). En realidad, esta coronimia del Bizantino designa la provincia Hispania ulterior, como en general procede este recopilador: «dos Iberias», así comienza el texto de Estéfano tomado de Chárax de Pérgamo (FHA IX, 428-431) referido a las dos provincias republicanas.

Es asombrosa la resonancia de esta hipótesis: Asclepiades había dicho que Iberia había sido una pequeña región de la Turdetania, pues su tratado se limitó a esta zona. Pero como ha mostrado contundentemente García Moreno, este autor no practicó una historia tucidídea, sino un *diegema* histórico que parte de la modalidad retórico-tendenciosa con distintos grados de verosimilitud acerca de la historia positiva, por lo que podría haber incluido genealogías míticas en la historia verdadera<sup>29</sup>.

Su información, además, es clara: una «pequeña región en Turdetania». Téngase en cuenta por otra parte que era griego y que la Iberia amplia era para él Hispania. Pues bien, desde su rincón turdetano «descubre» un hidrónimo homónimo y según cierto proceder retórico-filológico lo hace vector de denominación de la Iberia-Hispania total sobre la base, científicamente

---

En cambio BOSCH GIMPERA, P., *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932, p. 331, ya dudaba de que los pueblos del sur se hubiesen llamado «iberos» a sí mismos y comprendió que las fuentes más antiguas reservaban el nombre a (lo que hoy consideramos) la costa este.

En general se ha considerado que este río correspondía al Tinto. SCHULTEN, A., *Tartessos*, Madrid, 1971<sup>2</sup> p. 244; *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*. II, Madrid, 1963, p. 63 ss.; MONTENEGRO, A., «Los pueblos del mar en España y nueva revisión del problema de Tartessos», BSAAV XXXVI, 1970, p. 255, aunque recientemente se piensa en el Piedras, de paisaje más agrícola, LUZÓN, J.M., «Tartessos y la ría de Huelva», *Zephyrus* XII, 1962, p. 103 ss.; BLÁZQUEZ, J.M., *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975<sup>2</sup>, p. 228.

<sup>28</sup> SCHULTEN, A., *Numantia* I, Munich, 1914, p. 96; FHA II, 1925, pp. 38 y 101; FHA VI, 1952, p. 265; *Geografía y etnografía antiguas* II, 1963, p. 22.

<sup>29</sup> SCHLISSEL VON FLESCHENBERG, O., «Die Einteilung der *Istoria* bei Asklepiades Myrleanos», *Hermes* 48, 1913, pp. 623 ss.; GARCÍA MORENO, L.A., «Justino 44, 4 y la historia interna de Tartessos», *A Esp* A 52, 1979, pp. 117-118, principalmente.

correcta, de que Turdetania tuvo un pasado esplendoroso en comparación con el resto de Iberia.

Pero la autoridad que se atribuye a la cita de Avieno es de pura perplejidad: no hay, en modo alguno, autor más denostado —pese a que siempre acabemos usándolo, aunque sea a pellizcos— entre los que se ocuparon de la España antigua: no está clara la cronología de su fuente principal, aunque es manifiestamente antigua. ¿Dónde termina el viejo periplo y sus eventuales adiciones antiguas, y dónde comienza Avieno? Esta duda aletea sobre todo el poema. Pues bien, en el pasaje aludido («muchos sostienen que de éste deriva el nombre de Iberia y no del río que corre entre los inquietos vascones») no hay duda para el común de los investigadores, Schulten incluido, que hay adición del propio Avieno, pues los vascones no fueron conocidos hasta el siglo II aC y mencionados en los textos sólo a partir del siglo I aC<sup>30</sup>.

Veamos si tan decisiva tenía que ser el área del Estrecho y extremo oeste para la denominación.

En los textos de los siglos VI-V aC, Iberia es el nombre de una costa, de un país, y no interfiere para nada en la existencia de los Pirineos, que no tienen sentido separador para el pensamiento geográfico pre-polibánico.

Resulta que los griegos acceden a España por una costa que, según pensaban, continuaba la provenzal avanzando siempre, al margen de ensenadas, bahías, etc, hacia el oeste. En un punto más hacia el oeste del Ródano comenzaba Iberia, país que estaba orlado por montañas: Cevennes, Pirineos, Idubeda (sistema Ibérico) siempre al interior, no directamente sobre la costa a diferencia de la *Ligyssiké*, la Liguria posterior. La costa continuaba buscando el oeste, uniforme en dirección, al menos hasta las columnas de Hércules.

Debemos cuidarnos de aplicar nuestra orientación cartográfica, astronómicamente correcta, a la antigüedad. Así, pudiera tentarnos la idea de que el ángulo este/sur que vertebra el cabo de Gata, o, más incorrectamente, el de Palos, que sirvió grosso modo como bisectriz entre las provincias romanas, hubiese podido servir a los antiguos para delimitar cartográficamente dos áreas: una, Iberia, la oriental, y otra, Tartessos, o lo que fuere, la meridional.

Sí, debemos huir de hacerlo, pues precisamente fue un persistente error de la geografía antigua orientar la península Ibérica hacia el oeste de los Pirineos exclusivamente y no hacia el sur, como es la dirección predominante<sup>31</sup>. Por consiguiente, para los clásicos anteriores a Marino de Tiro y

<sup>30</sup> FATAS, G. «Notas sobre el territorio vascón en la Edad Antigua», *Veleia* 2-3, 1987, pp. 392 ss.

<sup>31</sup> Esto queda muy claro en SCHULTEN, A., *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*, vol. I, Madrid, 1959, pp. 31 ss. muestra del buen hacer del profesor de Erlangen, cuando no pontificaba sobre etnología, materia en la que los prejuicios le cegaban.

Ptolomeo, la línea de la costa entre los Pirineos y el estrecho de Gibraltar avanzaba de forma uniforme y rectilínea de este a oeste, perpendicular a los Pirineos, que se suponían orientados de norte a sur.

Por tanto, no hubo posibilidad de que la orientación real de la costa pudiese influir en una polarización de los corónimos correspondientes a las costas este y sur. Al contrario, significa que en un punto determinado, no condicionado por el cambio de orientación de la costa, terminaba Iberia y comenzaba Tartessos, el mundo tartesio, con varias etnias y ciudades.

Domínguez ha intentado demostrar a través de dos ciclos mitológicos concretos con participación de Hércules (el de las manzanas de las Hespérides y el viaje de los Argonautas), que en ambos extremos del Mediterráneo los griegos aplicaban el nombre Iberia —aquí se relacionaría con la presencia de oro en ambos territorios<sup>32</sup>. Añade Domínguez que no puede hablarse de un pueblo ibérico referido a la costa mediterránea de la península Ibérica, «porque este término no fue conocido por los autores clásicos con este sentido»<sup>33</sup>.

Estamos en abierto desacuerdo, evidentemente. La teoría de Domínguez se asienta en las endeble bases de que fue el río *Hiberus* del sudoeste. el propulsor del corónimo Iberia<sup>34</sup>.

Frente a esta hipótesis, mantenemos:

1. Que el corónimo Iberia no es de origen griego, como quiere este autor según una cierta interpretación que hace de Estrabón. Parte de un texto tomado «asignado por los griegos», pero no que sea de origen griego, sino que fue el nombre utilizado por los griegos en contraste con los romanos que usan Hispania para designar el país a partir de los Pirineos; y además añade explícitamente que los antiguos usaban Iberia para designar el país a partir del Ródano (Strab. III, 4, 19).

2. Que la Iberia del Ponto no aparece en los textos hasta fecha muy tardía, la tercera guerra de Mitrídates (66 aC) —mencionada por Teófanos de Mitilene (Strab. XI, 499-501)<sup>35</sup> pese a que desde Homero hasta Apolonio de Rodas el interés geográfico y étnico por el mar Negro fue intenso. Este último autor menciona, sin embargo, a los colcos, vecinos de los iberos caucásicos en estas guerras, que sí figuran en las *Argonáuticas*<sup>36</sup>. Piénsese además que otras obras clásicas, singularmente la *Anabasis* de Jenofonte, se

<sup>32</sup> DOMÍNGUEZ MONEDERO, A., «Los términos "Iberia" e "íberos" en las fuentes grecolatinas: estudio acerca de su origen y ámbito de aplicación», *Lucentum* II, 1982, pp. 203 ss.

<sup>33</sup> *Íd.*, pp. 209-214, principalmente.

<sup>34</sup> *Íd.*, pp. 211-212.

<sup>35</sup> TRIEDLER, H., *RE Suppl.* IX, col. 1899 ss.

<sup>36</sup> *Apol. Rh.* 4, 303 ss.; DELAGE, E. *La géographie dans les Argonautiques d'Apollonios de Rhodes*, Burdeos-París, 1930, pp. 60 ss.; BRISO, M., «Observaciones sobre el retorno de los Argonautas en Apolonio de Rodas», *Actas I Congr. Andaluz de Est. Clas.*, Jaén, 1982, pp. 156 ss.

centran precisamente en estos parajes. Apiano, hablando de tal raza a propósito de esta guerra, dice: «Algunos piensan que los iberos de Asia son antepasados de los iberos europeos, otros que son colonos de éstos y otros que tan sólo tienen el mismo nombre, pues sus costumbres y lenguas son diferentes» (App. *Mithr.* 101). En realidad, el pueblo ibero asiático recibe el nombre de *virik* en armenio, de *vircan* en parto y de *varucan* en parto medio<sup>37</sup>.

3. Que la España mediterránea antigua y el área del Estrecho no eran famosas en la antigüedad por su oro, sino por su plata, particularmente la citerior. El oro se cita mucho menos que la plata en el caso de Tartessos. Sólo el noroeste fue explícitamente rico en oro, pero no fue anexionado hasta Augusto. En realidad la única área mediterránea rica en oro comprendida en algún momento bajo el corónimo Iberia fue la de los montes Cevennes, *Kemmenon*, y la parte francesa del Pirineo, donde habían minas del metal rey (Strab. III 2, 8). No se cita ninguna otra en esta costa. O sea que la única eventual, pero no efectiva, cita de iberos «auríferos» no se puede asociar a la zona del Estrecho o a Huelva, sino a Occitania. Pero nunca se mencionó esta característica de los Cevennes en época «ibérica», repetimos.

4. El nivel actual de investigación filológica permite reforzar la teoría tradicional de que *Iber* es vocablo indígena. La teoría del origen griego no es nueva, la sostuvieron, con el importante matiz de ser vocablo de substrato, Schuchardt y Battisti, entre otros<sup>38</sup>, pero Philippon, Fletcher, Álvarez Delgado y Tovar, entre otros, han mantenido que se trata de un nombre indígena<sup>39</sup>. Un reciente hallazgo de Caspe muestra en escritura y lengua indígena el vocablo *Iber*<sup>40</sup>.

5. Además que sí existió un pueblo o pueblos ibéricos estrictos en el Levante español, Rosellón y Languadoc. Y que más adelante, con la «inva-

<sup>37</sup> DEETERS, G., en *Gedenschrift P. Kretschmer*, 1956, pp. 85-88, cit. por HUBSCHMID, J., «Lenguas no indoeuropeas: testimonios románicos», *Enciclopedia Lingüística Hispánica (ELH)*, Madrid, 1960, p. 31; SCHMIDT, K. H., «The two ancient Iberias from the linguistic point of view», *Velesia* 2-3, pp. 105 ss.; MOURAVIEN, S.N., «Notes de géographie historique du Caucase. I», *Vestnik Drevnik Istorii* (resumen en fr.), Moscú, 1988, pp. 156 ss.

<sup>38</sup> SCHUCHARDT, H., «Die iberische Deklination», *Sitzungsberichte der Akademie der Wissenschaften* núm. 157, Viena, 1907, p. 88; BATTISTI, C., «Liguri e mediterranei», *RSL* IX, 2-3, 1943 pp. 38-39, relación con el griego *iberis*, *berro*; LAFUENTE VIDAL, J. «Unas notas históricas sobre Iberia y el arte ibérico» *Crónica IV Congr. Arq. del SE (CASE)*, Cartagena, 1949, p. 292, opinaba erradamente que los griegos llamaron «ibero» a todo mercenario de los púnicos.

<sup>39</sup> PHILIPPON, «Les Ibères...», pp. 66 y 153; FLETCHER, *SPP*, I. p. 199; «Problemas...», p. 28; *Els Ibers*, p. 15; ÁLVAREZ DELGADO, J. «Problemas lingüísticos del nombre Iberos = Ebro», *Actas VII Congreso Internacional de Lingüística Románica*, Barcelona, 1955, vol. II, p. 843; TOVAR, «Estado actual de los estudios ibéricos», *Homenaje a Domingo Fletcher Valls*, Valencia, 1984, pp. 52 ss.

<sup>40</sup> PEREZ ROJAS, M., «La estela ibérica de Caspe: introducción a su estudio lingüístico», *AEspA* 56, 1983, pp. 279 ss.

sión» de los volcos en Occitania, se ciñó progresivamente a esta vertiente de los Pirineos; además de las informaciones consignadas que vinculan Iberia a Liguria y el Ródano, otras nos hablan de los iberos del Levante: así Eforo (en Scym. 196) ya mencionado, que cita correlativamente a libifénices, tartesios, iberos, ligures, etc. Está además Piteas que menciona la convexidad de Europa frente a los iberos (Pyth. fr. 8 Mette: Strab. I, 4, 5)<sup>41</sup> y Polibio (III 33, 7) que menciona una nómina de pueblos, «*thersitai, martianos, oretes, iberes y ólcades*» a los que Aníbal obligó a prestar servicio militar en África, donde los *iberes* tienen que ser los del Levante español, al estar el espacio del sudoeste ocupado por los *thersitai* (tartesios).

6. Que *Hesperides* no designa semántica ni geográficamente el extremo del mundo, independientemente del extremo de que se tratase, como pretende Domínguez, sino específicamente el Poniente, el extremo del recorrido solar. La noción de *Hesperia* es la de Occidente, como afirman Macrobio (*Sat.* I 3, 5), Isidoro (III 71, 19; IX 2, 126; XIV 4, 28), Servio (*Aen.* I, 530) y la Suda (s.v. *Ispania* aplicándola a este país) pues pudo ser ésta o *Mauretania* y ambas posibilidades contemplan los escolios. En principio la usaron los griegos para designar a Italia (Dion. Hal. *Ant.* I, 35, 3; Ver. *Aen.* I, 530)<sup>42</sup>.

### Los iberos, ¿un pueblo potamófilo?

El ya mentado Philippon pensaba que iberos habían sido un pueblo potamófilo<sup>43</sup>, como lo demostraría la elección de sus etnónimos, que se ajustarían en lo posible a hidrónimos previos: *Iber/Iberes; Sicanus/Sicani; Astura/Astures* y que además se habrían extendido por buena parte de Europa occidental, donde habrían dejado vestigios de su dominio en varios hidrónimos, aprovechando la cita de Nonno ya mencionada y ciertos paralelismos con nombres fluviales entre la Península y las Galias, que hoy se atribuyen a la «hidronimia antigua europea». Como se ve, este autor francés no distinguía entre iberos e indoeuropeos en el territorio hispánico.

El texto topográfico griego contenido en *Ora maritima* de Avieno parecía dar un buen argumento a Philippon, pues contabiliza en total, desde el *Anas* hasta el *Rhodanus*, veintiún hidrónimos a lo largo de la costa «tartesio» e ibérica. Esta cantidad llamaba la atención a Schulten, quien daba tres razones para esta plétora: la primera, porque daban a los navegantes refu-

<sup>41</sup> METTE, H.J., *Pytheas von Massalia*, Berlín, 1952.

<sup>42</sup> BADER, F., «Heraklès et les points cardinaux», *Minos* 18, 1983 pp. 224 ss.; BALLABRIGA, A., *Le Soleil et le Tartare*. París, 1986.

<sup>43</sup> PHILIPPON, o.c., p. 153; cf. También PATRONI, G., «Sicani: Sequani», *Athenaeum* XXV, 1947, pp. 80 ss.

gio y agua potable; la segunda, porque, según él, marcaban los límites de las etnias indígenas (las «tribus», literalmente) y la tercera, porque abrían camino al comercio de los navegantes con los pueblos del interior. También observaba, como el anterior, que a menudo los ríos llevaban el nombre de las «tribus» o ciudades inmediatas<sup>44</sup>.

Un sensacional hallazgo epigráfico griego, muy reciente, permite contrastar y en parte corroborar alguna de las deducciones de Schulten sobre la función de los cursos fluviales en este derrotero náutico, particularmente de sus desembocaduras: nos referimos al plomo jónico de Pech Maho (Aude) en el Languadoc<sup>45</sup>. Su novedad en lo que aquí atañe es que se ubique precisamente «en el río», ἐν τοῖς ποταμοῖς (lín. 6), el lugar donde se lleva a cabo el pago del adelanto de la transacción: un tercio, τριτην (lín. 5, ac.), tras haber entregado previamente dos textos y medio en moneda (lín. 4) que ya ha recibido el vendedor. El resto del pago ya no se efectuará sobre el río, sino «donde los navíos están amarrados». Se trata pues de una flotilla comercial. La transacción tiene como testigos dos grupos de indígenas: cuatro (al parecer) de la entrega previa<sup>46</sup> y dos del pago final. El trato consignado en esta carta debe fecharse en la segunda mitad del siglo v aC.

Se comprenderá, pues, la importancia de las embocaduras fluviales para los navegantes focenses, y consiguientemente que los periplos y otros documentos similares inspirados en sus informaciones se ocupasen principalmente de ellos. De esta forma, en los textos derivados los hidrónimos resultan sobrerrepresentados en relación con otros accidentes geográficos. Además, al ser frecuente la homonimia con topónimos vecinos de los ríos, se pudo producir en algunos estudiosos un justificado y parcial espejismo acerca de la importancia de los hidrónimos para la etnonimia y toponimia ibéricas. El repertorio escogido para estas designaciones siempre dirá algo acerca de la personalidad de un pueblo.

Y volviendo al texto de Pech Maho ¡con qué indiferencia se alude a «donde los barcos están fondeados»! No se cita ningún topónimo o accidente geográfico, bahía, cabo, playa. Esto nos obliga a cuestionar la razón de la presencia en *Ora maritima* y otros textos similares de la toponimia urbana. En realidad, parece que no siempre se trataría de puertos o fondeaderos, sino de ciudades costeras con soberanía política sobre el río o paraje donde el buque comercial anclase. Y a este respecto debemos destacar que

<sup>44</sup> SCHULTEN, A., *Fontes Hispaniae Antiquae I. Avieno. Ora maritima*, Barcelona, 1955<sup>2</sup>, pp. 26, ss.

<sup>45</sup> LEJEUNE, M., POUILLoux, J. y SOLIER, Y. «Etrusque et jonien archaïques sur un plomb de Pech Maho (Aude)», *Revue Archéologique de Narbonnaise (RAN)* 21, 1988, pp. 19 ss.

<sup>46</sup> Paralelos toponomásticos en PÉREZ VILATELA, L., «Perspectiva étnico-política de los textos prerromanos del Pirineo oriental, aparecidos recientemente», *I Simposi de poblament del Pirineu*, Andorra la Vella, octubre de 1992, en prensa.

el derrotero griego contenido en el texto de Avieno es mucho menos engañoso de lo que se ha pretendido, pues menciona estas poblaciones como *civitates*, o sea como estados; así el caso de *Ilerda* (Avien. *Ora mar.* 474-75) o de las *civitates plurimae*, *Hylactes*, *Hystra*, *Sarna*, así como *Tyrichae*, citadas (íd. 496-98) poco antes del río *Hiberus* (íd. 503). Efectivamente, Avieno puede rendir aún buenos servicios parciales si sabemos cómo preguntarle. Cabe preguntarse si las reiteradas manifestaciones de descrédito que se han vertido sobre el poema no estarán producidas a veces más por la penuria de ideas de algunos comentaristas que encuentran más cómodo atrincherarse tras un comodísimo escepticismo, que arriesgar opiniones propias. Pero si éstas tampoco existen, se desacredita cualquier hermenéutica de la propia fuente antigua con pretendida superioridad cientifista, o exigiendo «pruebas arqueológicas» a los versos, de los que cabe decir que su función no es la de ofrecer sedimentos estratigráficos.

El ya aludido periplo «de Escílax» menciona la ciudad de Emporion como el límite de Iberia (Skyl. 2). Más allá, buscando el Ródano, se encuentra una mezcla de «iberos y ligures» (Skyl. 3). No hay alusión alguna a los Pirineos. Lo que aquí queremos añadir al respecto es el hallazgo de un nuevo texto ibérico en forma de carta sobre plomo en el solar de la ciudad de Emporion, que presenta como destinatario de la misma a un individuo con onomástico galo, un tal *Katulatien*, o sea *Catulatios*, más el sufijo ibérico *-en*, probablemente. Por tanto el documento, que en su contenido presenta indudables toponomásticos ibéricos, es prueba de esa familiaridad entre iberos e indoeuropeos en el Pirineo oriental, aunque este individuo receptor sea galo, más bien que ligur, lo que viene por otra parte a ser una suerte de hermenéutica del texto de Escílax.

Además, el editor de este epígrafe<sup>47</sup> ha podido permitirse cuestionar sagazmente la habitual interpretación del texto de Livio (XXXIV, 9) sobre la impermeabilidad de las respectivas comunidades, ibérica y griega, que coexistían en la dópolis emporitana, y proponer que se restrinja la vigencia de esta situación narrada por Livio al momento histórico concreto de la gran sublevación hispánica contra Roma a partir del 197.

Queda por fin mencionar a un dios indígena, cuyo teonomástico no puede ser más adecuado para nuestra investigación, el dios *Ibero* (dat.) mencionado en un ara romana de San Martín de Trevejo<sup>48</sup>, en esa zona del norte de Cáceres donde hemos localizado ya al río actualmente llamado *Ibor*

<sup>47</sup> SANMARTÍ-GRECO, E., «Una carta en lengua ibérica escrita sobre plomo, procedente de Emporion», *RAN* 21, 1988, pp. 95 ss.

<sup>48</sup> RUBIO ALDIA, J., «Nuevas inscripciones romanas», *Zephyrus* VI, 1955 p. 299; BLÁZQUEZ, J. M., *Religiones primitivas de Hispania I. Fuentes literarias y epigráficas*, Roma, 1962, pp. 175 ss.; SALINAS, M., «La religión indígena del oeste de la Meseta: los vettones», *Stvdia*

y al onomástico paleohispánico *Ibarra*, todos ellos en una zona relativamente reducida, así como «Fontiveros» en Ávila, pueblo de san Juan de la Cruz.

Hemos de concluir que el étimo *iber* y similares tuvieron una gran importancia en esta zona de los *vettones* —téngase presente además el río *Hiberus* del sudoeste—, lo que nos hace dudar mucho de que el dios allí mencionado (sea acuático o no) se corresponda con el río Iber del Mediterráneo deificado, como propone Blázquez. Más bien pensamos en un dios o en una advocación local, muy alejada geográficamente de las primeras tierras que fueron denominadas Iberia a las riberas del Mediterráneo occidental y a ambas vertientes del Pirineo.

---

*Zamorensia* 3, núm. 23, 1982, pp. 336. Dice así: IBERO/ TRITONI (cus) CI...VS...CA/ N(ti) F(ilius) V(otum) S(olvit) L(ibens).

Según Blázquez el ara estaría dedicada al río Ebro, evidentemente considerado como una divinidad. Recuerda este mismo autor que (*H*)*iberus* es un *cognomen* documentado varias veces en el sudeste hispánico: CIL II 2080, 3388, 3491, 4067.